

ISAAC

2

ASIMOV

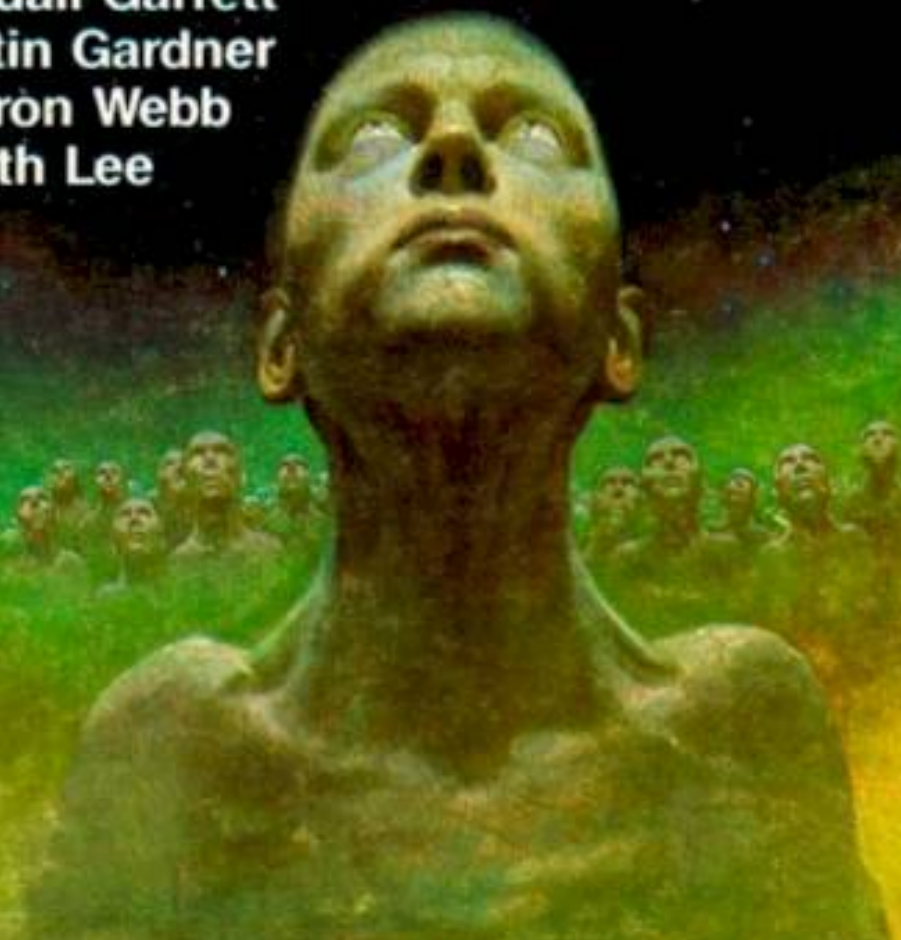
Magazine

La mirada hacia atrás

por Isaac Asimov

250 PTAS.
(IVA incluido)

- Randall Garrett
- Martin Gardner
- Sharon Webb
- Tanith Lee



Desde su aparición en 1977, el Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, avalado por el más prestigioso autor del género, ha venido publicando la mejor y más reciente producción de relatos de los nuevos valores de la ciencia ficción, creando un amplísimo e inestimable fondo editorial del que, en estas selecciones, ofrecemos mensualmente lo más destacado.

Esta segunda selección incluye un nuevo relato de Asimov perteneciente a su ya clásica serie del Club de los Viudos Negros, una novela corta de Randall Garrett ambientada en un mundo ucrónico en el que reinan los descendientes de Ricardo Corazón de León, una reflexión (seguida de un desafío al lector) de Martin Gardner sobre el viejo tema del tubo que atraviesa la Tierra, y sendas narraciones de Tanith Lee, Sharon Webb y Gene Wolfe.

Al hablar de literatura se suele abusar de términos como «nuevo» u «original», olvidando a menudo que los creadores, en cualquier campo, parten necesariamente de lo ya creado, e incluso los más innovadores son, fundamentalmente, continuadores.

La ciencia ficción no podía ser una excepción, y su marcado carácter ruptural, su especificidad como fenómeno cultural de nuestro tiempo, no debe hacernos olvidar su sólida conexión tanto con la narrativa del pasado como con otras manifestaciones contemporáneas. Por más que alguien imagine situaciones o escenarios «nuevos», sólo puede hacerlo a partir de lo que otros han imaginado, enraizándose de una u otra manera en nuestra tradición cultural. Y esto, lejos de ser una servidumbre, constituye la base misma sobre la que se asienta la ciencia ficción, la base sin la cual no podría ser más que un castillo en el aire, un desvarío ininteligible e intransmisible. Por eso algunos autores explicitan a veces con toda claridad los antecedentes de sus extrapolaciones, o se inspiran abiertamente en un tema clásico para ampliarlo o cuestionarlo desde un nuevo enfoque.

Los relatos de la presente selección ilustran de forma elocuente la fusión de lo tradicional y lo nuevo en la ciencia ficción, a la vez que ejemplifican algunas de las maneras en que un autor puede administrar su —nuestro— legado cultural.

Randall Garrett nos ofrece un sorprendente remake de un clásico de la novela policiaca. Sharon Webb nos advierte desde el mismo título que su patética narración se inspira en un inolvidable tema musical. Gene Wolfe nos remite directamente a la mitología grecolatina, desde la inquietante perspectiva de la moderna ingeniería genética. Y Asimov se

retoma a si mismo en un nuevo episodio de sus ya clásicas aventuras de los Viudos Negros.

Recordarnos en qué mundo estamos y de qué mundo venimos para abrir nuestra imaginación a otros mundos, a otras posibilidades: tal vez sea ésta la principal razón de ser de la que ha sido llamada con toda propiedad «la narrativa del cambio».

Carlo Frabetti

El descongelamiento

Tanith Lee

Cuando una persona permanece congelada durante doscientos años, ¿podemos estar seguros de que al despertar será la misma? Tanith Lee, conocida autora de narraciones de «fantasía heroica» (o «espadas y brujería», como prefieren llamarlo otros), plantea en este relato, con acerbo humor, una inquietante posibilidad.

Primero las mujeres, dijeron.

A continuación le aplicaron un rastreador de historia a la mujer en cuestión y me llamaron.

—No, gracias —dije.

—Oye —dijeron—, eres una descendiente directa por línea sanguínea de Carla Brice. ¡Por Dios! ¿No te interesa? Éste es un momento extraordinario, una oportunidad única. Ella va a necesitar apoyo, alguien que la entienda. Un contacto. Vamos. No seas tan fría.

—Seguro que Carla está más fría que yo.

Se rieron para mantener la informalidad. Luego mencionaron la beca que me había dado el Instituto, sólo para que estuviera por allí y colaborara. Para una artista casi desempleada eso era toda una tentación. Además me recordaron que en el período inicial no habría demasiada publicidad, así que si más tarde quería sacar algún provecho material

de mi experiencia como testigo, siempre y cuando nuestra Carla estuviese de acuerdo... Me imaginé rica en muy poco tiempo, con un mínimo esfuerzo, y sucumbí a la tentación.

Lo que demuestra claramente mis tres cualidades más importantes: haraganería, optimismo y una estupidez ciega. Lo que a su vez resume, más o menos, toda la historia. Y quizá sea por este motivo que me han pedido que la escriba para los archivos de la raza humana. No se me ocurre otra cosa mejor para destruir y hacer naufragar las esperanzas de esa humanidad frenética, engrillada y gimiente.

Pero volviendo a Carla, era —creo— mi bis-bis-bis-bis-bis-abuela. Poco más o menos. No puedo decir que la precisión sea otra de mis virtudes. Lo importante es que, por las razones que fuera, Carla había contraído a los treinta y tres años una rara enfermedad cardíaca, val... va... bueno, como se llame. Le quedaban unos meses, o menos, y optó (junto con otras setenta personas durante ese año) por someterse a una Suspensión Criogénica hasta que encontrasen una cura. La Sus Cri se había vuelto cada vez más popular desde los años 80, 1980. Es el método por el que se mantiene un cuerpo en estasis refrigerada, preservando así por tiempo indefinido la carne, los huesos y todo el resto en perfecto y prístino estado dentro de una caja de cristal escarchado, ¿recuerdan? (Y si no, pongan una bandeja de agua en el congelador y verán cómo les queda). Puede que ya no les parezca tan agradable, pero no me sorprende. En 1993, setenta y una personas, entre las que se encontraba mi cuarta, quinta o sexta bisabuela Carla, vieron en este método la única alternativa posible frente a la muerte. En los doscientos años que se sucedieron, otras cuatro mil personas siguieron su ejemplo. Congelaron sus malignidades, sus corazones inconstantes y sus tejidos corroídos, y a medida que la luz se apagaba en aquellos ojos nublados, seguro que soñaron con su resurrección en un futuro fabuloso.

Qué cosas tan extrañas tiene el futuro. Cada segundo que viene es el futuro. Ahora es el presente. Y ahora ya es el pasado.

Todos aquellos cuatro mil noventa y uno que depositaron sus fisonomías en los compartimientos de las cámaras frías del mundo esperaban un futuro. Y aquí estaba. Aquí estábamos.

Y justo en el medio de ese futuro que yo ingenuamente llamaba «ahora», estaba yo, Tacey Brice, una artista de tres al cuarto, pintora de platillos voladores baratos para los espaciaños. En ese año de 2193 hubo un auge en la observación de los platillos voladores. Quizás lo recuerden o no. Casi tan importante como el auge histórico que se dio entre 1930 y 1990. Los psicólogos nos dijeron que era nuestra inadecuación humana que buscaba por todas partes una figura paterna materna para remplazar a Dios. Además, nos estábamos desesperando. Habíamos penetrado en nuestro sistema solar hasta un punto peligroso, pero no nos habíamos encontrado con nadie en el camino.

Eso es otra cosa rara. Cuando uno lee las especulaciones del siglo XX, se da cuenta de cuántas esperanzas habían puesto en nosotros. Sería todo o nada. O bien el mundo se convertiría en una maquinaria rara y milagrosa con domos de plástico y acero balanceándose en la estratosfera, o bien todo se acabaría con una onda radiactiva. No había pasado nada de todo eso. Habíamos tenido problemas, por supuesto. En más de doscientos años pasan cosas. Había habido la Tragedia de Fisión y la Inundación del Mundo en el 14. Hubo la limpieza de la enorme polución junto con el racionamiento que eso implicó y una horrible pandemia. Todo eso nos retrasó, es evidente. Pero no nos detuvo. Así llegamos al 2193 bastante ilesos, con una tecnología maravillosa aunque no tan maravillosa como habían profetizado. Un lugar con puertas que se abrían sólo cuando habían visto quién llamaba y con una colonia en Marte, pero donde quedaba todavía por resolver el problema del desempleo y

el problema geriátrico. Allí arriba, en el espacio, había unas seiscientas máquinas zumbadoras que no iban a ninguna parte, emitiendo información sobre la Tierra. Pero todavía no habíamos descendido en Alpha Centauro. Y si la máquina para eliminar las basuras se atascaba, se atascaba. Lo que quiero decir (superfluamente, porque ustedes ya lo saben) es que su futuro, el de esos cuatro mil noventa y uno, su futuro, que era nuestro presente, no era tan espectacular como ellos se lo habían imaginado o temido. A excepción de los fármacos derivados del Vena Salenic, que habían conseguido que la mayoría de las enfermedades pasaran a ser obsoletas.

Y de repente, un día, a alguien se le ocurre la idea.

—Eh, chicos —sugirió ese alguien—, ¿os acordáis de todas esas cajas cerradas y congeladas que tienen en los centros médicos? Sabéis, aquéllas con los carcinomas sobre hielo y con los valudidums. Bueno, ¿no creéis que sería genial descongelarlas y meterles un poco de salud dentro?

—De locura —dijeron los demás, y casi se mueren de gusto.

Después de eso organizaron la cosa a escala global. Y antes que nada, para no arriesgarse a un bochorno público, optaron por descongelar una sola caja helada, en una cierta intimidad. Quizás hubiesen puesto todos los nombres en un sombrero. Como sea, escogieron el nombre de Carla Brice o Brr-Ice, si les gustan los juegos de palabras^[1].

Y como Carla Brr-Ice podía sentirse un poco demasiado fría volviendo a la vida doscientos años después de que la hubieran crionizado, buscaron una descendiente por línea sanguínea para que la cogiera de su fría mano de treinta y tres años. Y ésa era Tacey Brr-Ice. Yo.

La habitación de abajo era rosa, de un rosa frío como un helado de fresa. Había cuarenta doctores de todo tipo merodeando alrededor del bloque de cristal. Me recordaron una manada de lobos junto a un cadáver que no podían

decidirse a comer. Pero bueno, a mí también me estaba por dar un ataque de nervios allí, en la galería para los espectadores donde me habían sentado. La cuenta atrás había empezado hacía dos días y me habían hecho entrar hoy al mediodía. Hacía una hora que habían limpiado el cristal. Podía ver una especie de mancha que poco a poco dejó entrever las formas de una mujer desnuda. Enseguida me di cuenta, aunque estuviera allí rígida como una piedra y totalmente indefensa, de que ella pertenecía a ese tipo de mujer que me aterrorizaba. Era grande y bien formada, con una melena de cabellos pelirrojos. Era de aquellas que nadan al aire libre en todas las estaciones del año, que esquían, que salvan rápidos en una canoa, que llegan a ser coordinadoras de una colonia en la Luna. Del tipo de las que muerden. El valudidums la había detenido, pero era lo único que hubiese podido hacerlo. Ni un niño, ni una bestia, ni un hombre hubiesen podido con ella. Y por cierto, tampoco una mujer. ¡Dios mío! Y ésta era la múltiple bisabuela a quien yo estaba por ofrecer una mano de apoyo.

Pasó otra hora y allí abajo, en la habitación color fresa, empezó a ronronear uno de esos mecanismos con dial y clics. Los lobos se arremolinaron para matar. Una leona muerta, ésa era Carla. Luego la caja empezó a sacudirse y se escuchó un grito. Yo no podía ver nada porque todos los médicos estaban garabateando notas.

—¿Qué pasa?

El joven médico destacado para sentarse conmigo en la galería de espectadores suspiró.

—Creo que ha abierto los ojos.

El joven médico era negro como el espacio y hermoso como las estrellas allí suspendidas. Pero ni siquiera me miraba. Se notaba que estaba enamorado de Carla, la leona. Yo era, simplemente, una pesada que él tenía que aguantar durante dos o tres horas mientras contemplaba a la diosa que yacía abajo.

Pero ahora los médicos se retiraban. Me acordé de la historia de la Bella Durmiente y de Blancanieves. Sus ojos estaban muy abiertos. Cobre marrón para armonizar con la melena. No parecía estar aturdida. Parecía más bien desdeñosa. Tal como yo la había imaginado. Luego la tapa de la caja de cristal empezó a correrse.

—Jesús —exclamé.

—Qué raro que digas eso —dijo el médico negro. Seguía con sus ojos maravillosos fijos en Carla, pero se puso profundo y enigmático—. Qué raro que todavía sigamos usando estas exclamaciones religiosas y pasadas de moda como *Dios, Cielos, Jesús*, tanto tiempo después que las despojáramos de su contenido. El éxito de este experimento de suspensión y restauración de la vida también tiene que ver con el mismo tema —murmuró; sus larguísimas pestañas rozaban el cristal—. ¿Has leído algo sobre la controversia que despertó este proceso? En una época se consideró incompatible con la fe religiosa.

—¿Ah, sí?

Seguí mirándolo. Mil veces mejor que mirar a Carla, con sus ojos abiertos y aquel médico inclinado sobre ella con una hipodérmica.

—La idea del alma —dijo él—, la parte inmortal que sobrevive a la muerte. Pero ¿qué sucede con un alma atrapada durante años, siglos, en un cuerpo vivo pero estático y congelado? En un limbo físico, en una muerta viviente. ¿Ves el problema que se le plantearía a alguien religioso?

—Yo...

—Pero por supuesto, hoy... —extendió las manos— ya no existen este tipo de barreras para el pensamiento lúcido. Ahora sabemos que la fuerza vital reside en el cerebro y, a partir de ahí, en los nervios motores, en la médula espinal y en los centros reflejos. El *alma* no existe.

Luego se calló y casi se desmaya. Me di cuenta de que Carla lo estaba mirando.

Miré y la vi sentada, un poco recostada en el brazo de un médico. El médico le estaba contando dónde estaba, qué año era y cómo —para esa misma tarde— el valudidums no sería más que un mal recuerdo, y que luego podría salir a ese nuevo mundo maravilloso con su encantadora descendiente, que podía ver allí arriba en la galería.

Tuvo el detalle de dirigirme una mirada. Duró algo así como 0,09 de un mininstante. Traté de despegar los labios y regalarle una calurosa sonrisa de bienvenida, pero antes de que pudiese conseguirlo, ella había vuelto a mirar al médico negro.

En ese momento alguien vino y me sacó para celebrarlo con alcohol, y dos horas más tarde, cuando ya lo había celebrado un poco demasiado, me hicieron subir por un lujoso corredor para que me encontrara con Carla en vivo y en directo.

Esta vez estaba vestida. Había tomado una ducha y le habían hecho una serie de pruebas post-descongelamiento, le habían puesto unas inyecciones y le habían dado el anti-valudidum. El cabello parecía tenerlo en llamas, como un fuego en el bosque. Llevaba esa bata brillante que te ponen en los centros médicos, pero en ella parecía un diseño exclusivo. Hasta tenía la piel bronceada, o quizás eran mis ojos aturridos que me la hacían ver toda bronceada y resplandeciente. No era posible que alguien tuviera tan buen aspecto, que pareciera tan *saludable*, después de doscientos años congelada, y si lo era, no tendría que ser así. La habitación estaba repleta de flores, frascos de perfume y pinturas exóticas, cortesía del Instituto. Y luego me empujaron hacia ella.

Sin asombrarse me miró con una mezcla de aburrimiento y diversión. Como si hubiese llegado a las heces de la copa.

—Aquí está Tacey —dijo alguien.

Carla habló con voz de terciopelo marrón.

—Hola... Tacey. —Era evidente que mi nombre tenía algo raro. No importaba, por el momento parecía pasarlo por alto—. Creo que somos parientes.

Estaba borracha, pero eso no parecía ayudarme mucho.

—Soy tu bis... sí, somos parientes, pero... —dije. El «pero» pretendía ser el prólogo a un adulador discurso sobre su belleza y juventud. No valía la pena, ni siquiera hacerle notar lo asustada que estaba. Seguro que ya se había dado cuenta, además, porque bajo su mirada de alto voltaje sentía que me estaba encogiendo como una sombra. De todos modos, antes de que yo pudiese terminar con mi reahila de hipos sincopados, el médico dijo:

—Tacey es su nexo, señora Brice, con este mundo tal como es ahora.

Carla se limitó a levantar una ceja depilada, exquisitamente congelada durante dos siglos: si Tacey era el nexo, ese mundo ya podía irse de paseo.

—Mi piso —continué con la misma gracia— es pequeño pero...

¿Qué iba a decir ahora? Que estaba dispuesta a gastarme toda la beca del Instituto en faldas y perfumes y esquís y rifles automáticos o lo que Carla quisiera. Que yo podía largarme y dejarle el piso para ella sola. (No le gustarían los murales espaciales en las paredes).

—Es un pu... un puente —me salió—. Hasta que te aclimitis... mates.

Me miraba como si estuviese loca, o más bien, como si supiera que ésa era mi estupidez habitual. Al final entendí el mensaje en sus ojos de cobre: no te preocupes. Eso era todo: no te preocupes. Eres una pena, me informaron los ojos cobrizos de Carla, como si yo ya no lo supiera. No te disculpes. No puedes cambiar nada. No espero nada de ti. Me quedaré mientras me tenga que quedar cerca de tu presencia inútil, y tú podrás volar a mi alrededor y quemarte las alas, a mí me da lo mismo. Cuando me vaya bien, me iré volando sobre tu cielo como si fuese un meteorito. No

me puedes ofrecer ayuda, ni eres interesante, ni puedes darme nada que no pueda conseguir por mí misma.

—Qué amable eres, Tacey —dijo Carla—. Acércate, querida, y déjame besarte.

No sé por qué me la imaginaba todavía fría apenas salida de la caja helada pero tenía ya el calor de la sangre. Avergonzada, dejé que me rozara con sus labios meteóricos. Igual me quemaría.

—Esto merece un brindis —dijo el médico—. Pero me temo que la señora Brice podrá beber sólo zumo de rosas por el momento.

Carla le sonrió y yo tuve la visión de un rosal destripado por sus dientes, espinas y todo. Los leones beben sangre, no rosas.

Volví a casa paralizada y empecé a dar vueltas tratando de cambiar cosas de lugar. En la mitad de un intento de volver a pintar una pared, me dejé caer sobre una almohada y me quedé dormida. Al día siguiente estaba rabiosa, con esa rabia que sólo se siente contra todo lo que nos deja impotentes. ¡Maldición! Que venga y que vea todas esas naves espaciales, las naves centrales y los monstruos de ojos saltones que se enroscan por toda la pared. Y no saques la cocina automática de la alcoba para limpiar los tubos de aprovisionamiento que están detrás y que no ves desde hace tres años. Ni quites la planta del distribuidor automático de agua fresca. Ni compres nuevos adornos, cortinas, alfombras o sábanas. Y pon las mejores pinturas sobre la mesa donde no podrá evitar verlas.

La visité una vez más durante el mes que estuvo en el Instituto. No tuve el coraje de presentarme sin nada, aunque sabía que cualquier cosa que le ofreciera no sería nunca la correcta. Por cierto, tuve el impulso de reventar mi primer cheque de la beca y mi W-I y comprarle un estilete pequeño y antiguo, de acero de Toledo. Estaba claro que sería para cometer un asesinato, y cuando se lo entregara, le haría una reverencia y le diría: «Para ti, Carla. Estoy segura

de que ya encontrarás en quien usarlo». Pero por supuesto, me faltó el coraje. Le compré un frasco de un perfume caro que no necesitaba y fui recompensada con la visión de Carla poniéndolo sobre un estante con otros tres frascos empaquetados, cada uno dos veces más grande que el mío. Llevaba una bata de seda color ámbar que casi me obligó a ponerme las gafas de sol. No nos dijimos mucho. Salí de su habitación a trompicones, con quemaduras de sol y pelándome. Y esa noche pinté otra nave espacial en la pared.

El día que salió del Instituto me mandaron un móvil. Se suponía que tenía que recogerla y llevarla hasta el piso para que ella se sintiera en casa. Yo estaba descompuesta.

Antes de encontrarme con ella, el médico encargado me metió en su oficina.

—Hemos tenido suerte —dijo—. La señora Brice es una mujer muy independiente. Su readaptación ha sido, por cierto, notable. No se han producido ninguno de los traumas ni de los rechazos que nosotros temimos. Me pregunto si los demás pacientes que tienen que ser revividos del estado de criogenización demostrarán el mismo grado de adaptación.

—Entonces, ¿es cierto que los revivirán a todos? —pregunté con poca convicción. Estaba contenta de estar allí, posponiendo mi cuarto congreso con aquella mujer aterradora.

—Dentro de un mes. Todo depende de los resultados finales de los análisis post-resucitación de la señora Brice. Pero, como ya dije, no creo que haya ningún problema en este aspecto.

—Y, ¿cuánto tiempo... —Tragué saliva—, cuánto tiempo cree que Carla querrá quedarse conmigo?

—Bueno, parece que ella se siente bastante ligada a ti, Tacey. Es todo un cumplido, sabes, cuando se trata de una mujer como ésa. Un espíritu orgulloso y voluble. Pero necesita un ancla por el momento. Todos necesitamos anclas. Quizás, su compañía te beneficie. ¿No crees?

No le contesté y él dedujo que era porque me sentía abrumada. Empezó a describirme ese glorioso acontecimiento —para el que ya se había establecido una fecha—, cuando todos los criogenizados serían revividos de forma tan simultánea como la situación lo permitiera. El proceso saldría al aire por los cinco canales de los Espaciales y todos lo podríamos ver. Una vez más, el triunfo de la tecnología nos traería un minuto o dos de catarsis trascendental. Me acordé del hermoso médico negro y de sus palabras sobre la religión. Y así era como la remplazábamos (cuando no estábamos admirando platillos volantes), derramando lágrimas sentimentales por esos cuatro mil noventa idiotas que salían dando tumbos del congelador.

—Un último aviso —dijo el médico encargado—. Quizás te hayas dado cuenta (o tal vez no, no sé) de que hay lapsos ocasionales en el comportamiento de la señora Brice.

Vaya noticia más sorprendente. Carla cometía *lapsos*.

—¿De qué tipo? —le pregunté, gozando malignamente por algo que creía imposible.

—Trivialidades. Un estado de ánimo, una aberración, como si fuese una pequeña desorientación. Esto es de esperar en una mujer que vuelve a la vida después de doscientos años y en un mundo que ya no le es familiar. Tal como te he dicho, creí que iba a ser mucho peor. Esos errores de comportamiento son inevitables. No tienes por qué asustarte por eso. En esos momentos, la influencia más positiva sobre la señora Brice será un ambiente normal fuera del Instituto. Y tu presencia.

Casi me eché a reír.

Lo hubiese hecho si en ese momento no se hubiese abierto la puerta y hubiese aparecido Carla envuelta en un abrigo imitación de lince rojo.

Ni siquiera intenté una conversación. A solas en el móvil, con el piloto automático conduciéndonos por la auto-